

supresión y hallar el remedio, se enseñaban más de setecientos años antes de la difusión del Evangelio.

«El budismo—dice el pastor Leblois en su importante obra *Les Bibles et les Initiates religieux de l'humanité*—es una inmensa vida de piedad, de misericordia y de amor. Según una leyenda, el futuro salvador, recién nacido, dió siete pasos y exclamó: «¡Todo es amargura en los tres mundos; yo dulcificaré esta amargura!» Su predicación es la primera palabra de fraternidad universal que haya oído el mundo: universal en toda la extensión del término, porque comprende a todos los seres, sin distinción y sin excepción. En parte alguna en la antigüedad se había pensado en practicar la beneficencia hacia los pobres y los miserables. En Occidente no existieron hospitales hasta después del triunfo del cristianismo en el siglo VI. En la India los fundó, para hombres y animales, el rey budista Acoka más de dos siglos antes de Jesucristo. Ya-Hian, que visitó la India hacia el año 460 antes de nuestra era, describe los que la caridad de sus correligionarios había establecido para los hombres, a los que llama *Casas de medicina, de la felicidad y de la virtud*. «Los pobres — dice, — los huérfanos, todos los enfermos de las provincias van a esas casas, donde se les da todo lo que necesitan. Los médicos examinan allí sus enfermedades; se les sirve bebida y comida según las conveniencias y se les administran medicamentos. Todo contribuye a tranquilizarlos, a devolverles la salud. Los que curan se van por sí mismos».

Las enseñanzas de Buda convergen todas hacia esa benevolencia universal. Debemos — dicen los libros sagrados — nuestro amor a todos los seres, porque nosotros somos uno con ellos. «Tú eres esto, tú eres toda cosa». El que odia a sus semejantes se odia él mismo. El odio no tiene excusa en las malas inclinaciones de los hombres; si hacen el mal, es por ignorancia. Es preciso, pues, tener compasión de ellos e ilustrarlos.

Y esto se enseñaba en los tiempos en que, excepto Grecia y Egipto, los pueblos entre los cuales había de extenderse la civilización eran por lo menos semibárbaros, y trescientos años antes de la reforma esdrasiana que iba a proporcionar al judaísmo la conquista del mundo.

Las mismas mujeres que San Pablo, fundador del cristianismo, había de conservar «bajo el yugo» después, y que los brahmanes habían colocado en la misma condición que los sudras y fueron declaradas impuras, se admitieron a la iniciación y a la sabiduría.

Y no se crea que la práctica fué tan lejos de la teoría. La acción ejercida por las doctrinas morales de Buda sobre los pueblos que adoptaron su religión, produjo incontestablemente la dulcificación de las costumbres y la pacificación social.

«Los apóstoles del budismo—dice monsieur Abel Remusat — fueron los primeros que osaron hablar de moral y de deberes a los feroces conquistadores que acababan de invadir y de devastar el Asia».

La violencia desenfrenada de los siameses, por ejemplo, fué hasta tal punto templada por la acción de la moral búdica, que en nuestros días, en Bangkok, ciudad de 400,000 habitantes, casi nunca hay pendencias; un asesinato es un acontecimiento extraordinario y con frecuencia no se registra uno en todo un año.

Con tales cualidades, la religión de pureza y de amor de Buda no podía tener nada ni nada ha tenido de la pretenciosa intolerancia de los cristianos y de los musulmanes.

«No se han de censurar jamás las creencias de los otros—dice un precepto búdico;— así no se perjudicará a nadie. Hay circunstancias en que se debe honrar en otro la creencia de que no se participa. Obrando de esta manera se fortifica la propia creencia y se sirve a la ajena. El hombre, quienquiera que sea, que por devoción a la propia creencia la exalta y ataca la creencia de los otros, diciendo: «Pongamos nuestra fe a la luz», perjudica